

que es buena vuestra secta? Porque lo ha dicho Dios (15). ¿Y quién os dijo que lo había dicho Dios? Mi pastor que lo sabe. Me dice que crea esto, y lo creo; me asegura que todos los que dicen otra cosa que él, mienten, y no los escucho.

»¿Con que no es una misma la verdad, pensaba yo, y lo que para mí es verdad puede ser mentira para otro? Si es uno mismo el método del que sigue el camino recto y del que va descarriado, ¿qué mérito o que culpa más tiene uno que otro? Siendo su elección efecto del caso, es una iniquidad imputársela; es recompensar o castigar por haber nacido en tal o cual país. Atreverse a decir que nos juzga Dios de ese modo, es agraviar su justicia.

(15) «Todos, dice un sacerdote bueno y sensato, afirman que la tienen y la creen (y todos usan esta jerga), no de los hombre ni de criatura alguna, sino de Dios. Mas, para decir la verdad, sin adular ni mentir en nada, todos vienen de manos y medios humanos; prueba de ello, el modo como se recibieron las religiones en el mundo y todavía las reciben cada día los particulares, la nación, el país, el lugar de la religión; cada uno es de aquélla que profesan donde nació y se crió; somos circuncisos, bautizados, judíos, mahometanos, cristianos, antes que sepamos que somos hombres; la religión no es de nuestro arbitrio y elección; prueba también la vida y las costumbres que tan mal se avienen con la religión, y prueba que, por ocasiones humanas y muy leves, obramos contra el espíritu de nuestra religión». — CHARRÓN, *De la Sabiduría*, lib. II, cap. v, pág. 257, edic. Bordeaux, 1601.

Muy presumible es que la sincera profesión de fe del virtuoso lectoral de Condom, no hubiera sido muy diferente de la del presbítero saboyano. Antes que Charrón desarrolló Montaigne la misma idea y dijo en igual sentido: «Somos cristianos a igual título que perigordianos o alemanes». Lib II, cap. XII.

»O son buenas y agradables a Dios todas las religiones, o si hay una que él prescriba a los hombres y los castigue porque no la conocen, ha dado indicios ciertos y manifiestos para que la distingan y conozcan por la única verdadera: estos indicios son de todos tiempos y de todo país, sensibles igualmente para todos los hombres, grandes y chicos, ignorantes y sabios, europeos, indios, africanos, salvajes. Si hubiera una religión en la tierra, fuera de la cual sólo hubiese pena eterna, y si en un país cualquiera del mundo a un solo mortal de buena fe, no le hubiera hecho impresión su evidencia, sería el Dios de esta religión el más inicuo y el más cruel de los tiranos.

»¿Indagamos sinceramente la verdad? Pues no atribuyamos nada al derecho de nacimiento ni a la autoridad de nuestros padres y pastores, pero sometamos al examen de la conciencia y la razón todo cuanto nos enseñaron desde nuestra niñez. Vano es clamarme: «Sujeta tu razón», pues lo mismo me puede decir el que me engañe; para sujetar mi razón necesito razones.

»Toda la teología que por mí propio puedo adquirir con la contemplación del Universo y el buen uso de mis facultades, se ciñe a lo que antes os expliqué. Para saber más, es preciso echar mano de medios extraordinarios. Estos no pueden ser la autoridad de los hombres; porque no siendo ningún hombre de distinta especie que yo, todo cuanto él naturalmente conoce puedo yo conocerlo, y puede engañarse lo mismo que yo: cuando creo lo que él dice, no es porque lo dice, sino porque lo prueba. Así el testimonio de los hombres no es otro en realidad que el de mi razón misma, y nada añade a los medios naturales que Dios me ha dado para conocer la verdad.

»Apóstol de la verdad, ¿qué me tenéis que decir

que no pueda juzgarlo yo? Dios mismo ha hablado; escuchad su revelación. Eso es otra cosa. Dios ha hablado; gran palabra es esa. ¿Y a quién ha hablado? A los hombres. ¿Pues cómo no he oído yo lo que ha dicho? Ha encargado a otros hombres que os repitiesen sus palabras. Ya entiendo; son hombres los que me van a referir lo que Dios ha dicho. Más hubiera querido oírsele a Dios mismo; no le hubiera costado más trabajo y yo estaría libre de engaño. Os preserva de él manifestando la misión de sus enviados. ¿Cómo así? Con milagros. ¿Y dónde están esos milagros? En los libros. ¿Y quién ha compuesto esos libros? Hombres. ¿Y quién ha visto esos milagros? Hombres que los aseguran. ¡Con qué siempre testimonios humanos! ¡Siempre hombres que me cuentan lo que han contado otros hombres! ¡Cuántos hombres entre Dios y yo! Veamos, no obstante, examinemos, comparemos, verifiquemos. ¡Oh! Si Dios se hubiera dignado dispensarme de todo este tráfago, ¿le hubiera servido yo con menos buena voluntad?

»Contemplad, amigo mío, en qué horrible discusión me he metido; de cuán inmensa erudición he menester para subir a las más remotas antigüedades, para examinar, pesar, confrontar las profecías, las revelaciones, los sucesos, todos los monumentos de fe propuestos en todos los países del mundo; para señalar las épocas, los lugares, los autores, las ocasiones. ¡Cuán pura crítica necesito para distinguir las piezas auténticas de las supuestas, para comparar las objeciones con las respuestas, las versiones con los originales, para decidir de la imparcialidad de los testigos, de su sano juicio, de sus luces; para saber si nada han suprimido, añadido, invertido, mudado o falsificado; para remover las contradicciones que aun quedan, para fallar acerca del peso que debe tener el silencio

de los contrarios en los hechos que contra ellos se alegan; si han conocido estas alegaciones; si han hecho de ellas el suficiente aprecio para responder; si eran tan comunes los libros, que fuesen a sus manos los nuestros; si hemos tenido la buena fe bastante para dejar correr entre nosotros los suyos, y que subsistiesen sus más fuertes objeciones como ellos las habían hecho!

»Reconocidos por indudables todos estos monumentos, es necesario luego venir a las pruebas de la misión de sus autores; saber a fondo las leyes de las suertes, las probabilidades eventuales, para fallar qué predicción se puede cumplir sin milagro; la índole de los idiomas originales, para distinguir lo que en estos idiomas es predicción de lo que sólo es figura oratoria; qué sucesos se hallan en el orden de la Naturaleza y cuáles salen de este orden, para decir hasta qué punto puede un hombre astuto fascinar los ojos de los ignorantes y asombrar hasta las personas ilustradas; averiguar de qué especie ha de ser un portento y qué autenticidad ha de tener, no sólo para ser creído, sino para que merezca ser castigado quien de él dudare; comparar las pruebas de los falsos y verdaderos milagros y hallar reglas ciertas para discernirlos; en fin, decir por qué escogió Dios, para comprobar su palabra, medios que tienen tanta necesidad de ser comprobados, como si se mofase de la credulidad de los hombres y evitase a sabiendas los verdaderos medios de persuadirlos.

»Supongamos que se digne la majestad divina rebajarse lo bastante para hacer a un hombre órgano de sus voluntades; ¿es cosa racional y justa exigir que obedezca todo el género humano a la voz de este ministro, sin dársele a conocer por tal? ¿Es equitativo no darle otras credenciales que algunos signos parti-

culares obrados a presencia de pocas personas obscuras, y que todos los demás hombres nunca sabrán de otro modo que por oídas? En todos los países del mundo, si se tuviesen por verdaderos los portentos que la plebe y los crédulos dicen haber visto, sería cada secta la buena; habría más portentos que sucesos naturales, y el mayor de todos los milagros fuera que donde haya fanáticos perseguidos no hubiese milagros. El inalterable orden de la Naturaleza es lo que más patentiza la diestra sabia que la rige; si sucedieran frecuentes excepciones, no sabría qué decirme, y creo muy de veras en Dios para creer en milagros que son tan indignos de él.

»Si viene un hombre hablando de este modo: «Mortales, yo os anuncio la voluntad del Altísimo: a mi voz reconoced al que me envía; mando que el sol mude su curso, que las estrellas se coloquen de distinto modo, que los montes se bajen, que las ondas se levanten, que tome otro aspecto la tierra». ¿Quién al instante no reconocería en estas maravillas al árbitro de la Naturaleza? Esta no obedece a los impostores cuyos milagros se hacen en encrucijadas, en desiertos, en aposentos: y allí fascinan a su antojo un corto número de espectadores ya dispuestos a creerlo todo. ¿Quién se atreverá a decirme cuántos testigos de vista son necesarios para que un portentoso sea fidedigno? Si vuestros milagros, destinados a probar vuestra doctrina, necesitan de pruebas, ¿para qué sirven? Lo mismo se adelantaba no haciéndolos.

»En fin, falta el examen más importante de la doctrina que se anuncia, porque como los que dicen que Dios hace milagros en la tierra pretenden que algunas veces los imita el diablo, con los portentos mejor averiguados no estamos más adelantados que antes, y una vez que, aun en presencia de Moisés, se atre-

vían los magos de Faraón a hacer los mismos signos que aquél hacía por orden expresa de Dios, ¿por qué en ausencia suya no habrían aspirado a la misma autoridad con los mismos títulos? Con que así, después de haber probado la doctrina con el milagro, es preciso probar el milagro con la doctrina (16), para no atribuir la obra del demonio a obra de Dios. ¿Qué pensáis de este círculo vicioso?

»Como esta doctrina viene de Dios, debe traer estampado el sagrado carácter de la Divinidad; no sólo debe aclarar las ideas confusas que acerca de ella ha

(16) Esto se contiene, de modo formal, en mil pasajes de la Escritura, entre otros, en el cap. XIII del Deuteronomio, donde dice que si un profeta que anuncia dioses extraños confirma su misión con portentos y si se verifican sus predicciones, lejos de hacer aprecio de ello, debe dársele muerte al profeta. Así, cuando los paganos daban muerte a los apóstoles que les anunciaban un Dios extraño y probaban con predicciones y milagros su misión, no veo qué objeción sólida les podían hacer que no pudiesen ellos revolver inmediatamente contra nosotros. ¿Pues qué se ha de hacer en tal caso? Una sola cosa: volver al raciocinio y dejar aparte los milagros. Mejor hubiera sido no echar mano de ellos. Esto lo dicta la sana razón más sencilla, que solamente a fuerza de distinciones, por lo menos muy sutiles, se obscurece. ¡Sutilezas en el cristianismo! ¿Con que no tuvo razón Jesucristo en prometer a los simples el reino de los cielos; no tuvo razón en empezar el más hermoso de sus razonamientos dando el parabién a los pobres de espíritu, si tanta riqueza de espíritu es necesaria para entender su doctrina y aprender a creer en Él? Cuando me hayáis probado que me debo someter, todo estará bien; pero para probármelo nivelao conmigo; adaptad vuestros argumentos a la capacidad de un pobre de espíritu; si no, desconozco en vos al verdadero discípulo de vuestro maestro y no es su doctrina esa que me anunciáis.

bosquejado el raciocinio en nuestra mente, sino que también debe proponernos un culto, una moral y máximas que convengan a los atributos por los que únicamente concebimos su esencia. De suerte que, si meramente nos enseñase cosas absurdas y disparatadas, si sólo nos inspirase afectos de aversión a nuestros semejantes y de susto de nosotros mismos, si nos pintase un Dios airado, celoso, vengativo, parcial, rencoroso con los hombres, un Dios de guerra y de combates, dispuesto siempre a destruir y a fulminar, siempre hablando de tormentos, de penas, y que se alabase de castigar aun a los inocentes, este Dios terrible no atraería mi corazón y me guardaría de dejar la religión natural por abrazar la suya, porque bien veis que necesariamente habría que elegir. No es vuestro Dios el nuestro, dijera yo a sus sectarios. El que empieza escogiendo un pueblo solo y proscribiendo lo demás del linaje humano, no es el padre común de los hombres; el que destina al fuego eterno la mayor parte de sus criaturas, no es el Dios clemente y bueno que me ha manifestado mi razón.

»Esta, en cuanto a los dogmas, me dice que deben ser claros, luminosos, de una evidencia irresistible. La religión natural es insuficiente, por la obscuridad que deja en las altas verdades que nos enseña: a la revelación toca enseñarnos estas verdades de un modo palpable para el espíritu humano, ponerlas a su nivel, hacer que las conciba para que las crea. Por el entendimiento se fortalece y afianza la fe; la más clara es infaliblemente la mejor de todas las religiones: el que carga de misterios y contradicciones el culto que me predica, con eso mismo me enseña a que desconfíe de El. El Dios que yo adoro no es un Dios de tinieblas, ni me ha dotado de entendimiento para prohibirme que haga uso de él; decirme que sujete mi razón, es agra-

viar a su autor. Un ministro de la verdad no tiraniza la razón, sino que la alumbra.

»Hemos dejado aparte toda autoridad humana, y sin ésta no veo cómo puede convencer un hombre a otro cuando le predica una doctrina disparatada. Hagamos por un instante que se encuentren estos dos hombres y averigüemos lo que se podrán decir con aquella aspereza de estilo tan general en ambos partidos.

*El inspirado.*—La razón os enseña que el todo es mayor que la parte; pero yo os enseño, de parte de Dios, que la parte es mayor que el todo.

*El argumentador.*—¿Y quién sois vos para atreveros a decirme que Dios se contradice? ¿A quién he de creer mejor; al que me enseña por la razón las verdades eternas, o a vos que de su parte me anunciáis un absurdo?

*El inspirado.*—A mí, porque mi instrucción es positiva y voy a probaros de un modo indudable que El me envía.

*El argumentador.*—¡Cómo! ¿Me probaréis que Dios es quien os envía a dar testimonio contra Él? ¿De qué género han de ser vuestras pruebas para convencerme de que es más cierto que me hable Dios por boca vuestra que por el entendimiento que me ha dado?

*El inspirado.*—¡El entendimiento que os ha dado! ¡Hombre mezquino y vano! ¡Como si fueseis vos el primer impío que se descarría con su razón estragada por el pecado!

*El argumentador.*—Varón de Dios, tampoco fuerais vos el primer bellaco que en prueba de su misión presenta su arrogancia.

*El inspirado.*—¡Qué! ¡También dicen denuestros los filósofos!

*El argumentador.*—Algunas veces; cuando les dan ejemplo los santos.

*El inspirado.*—¡Oh! Yo tengo derecho para decirlos, que hablo de parte de Dios.

*El argumentador.*—Bueno fuera mostrar el título antes de usar del privilegio.

*El inspirado.*—Mi título es auténtico; la tierra y los cielos testifican en mi favor. Seguid atentamente mis ratiocinios.

*El argumentador.*—¡Vuestros ratiocinios! No miráis lo que decís. Enseñarme que me engaña mi razón, ¿no es refutar lo que me dijere en vuestro abono? El que recusa la razón ha de convencer sin valerse de ella: porque supongamos que con vuestros argumentos me convencéis, ¿cómo he de saber yo si no es mi razón estragada por el pecado la que hace que me rinda a lo que decís? Por otra parte, ¿qué prueba, qué demostración podréis emplear nunca más evidente que el axioma que ha de destruir? Tan creíble es que un buen silogismo sea una falsedad, como que la parte sea mayor que el todo.

*El inspirado.*—¡Qué diferencia! Mis pruebas no tienen réplica, pues son de un orden sobrenatural.

*El argumentador.*—¡Sobrenatural! ¿Qué significa esa voz, que no la entiendo?

*El inspirado.*—Mutaciones en el orden de la Naturaleza, profecías, milagros, todo género de portentos.

*El argumentador.*—¡Portentos! ¡Milagros! Jamás vi nada de eso.

*El inspirado.*—Otros los vieron por vos. Multitud de testigos..., el testimonio de los pueblos...

*El argumentador.*—¿El testimonio de los pueblos es de orden sobrenatural?

*El inspirado.*—No; pero cuando es unánime es indisputable.

*El argumentador.*—Nada hay más indisputable que

los principios de la razón, y no es posible comprobar un absurdo con el testimonio de hombres. Vuelvo a repetirlo: veamos esas pruebas sobrenaturales, porque el testimonio del género humano no lo es.

*El inspirado.*—¡Oh, corazón empedernido! No os habla la gracia.

*El argumentador.*—No es culpa mía, porque según decís, es necesario haber recibido ya la gracia para saber pedirla. Habladme vos en vez de ella.

*El inspirado.*—¡Ah! Eso es lo que estoy haciendo y no me escucháis. ¿Mas qué decís de las profecías?

*El argumentador.*—Primeramente diré que así he oído profecías como visto milagros. Además digo que ninguna profecía forma autoridad para mí.

*El inspirado.*—¡Satélite de Lucifer! ¿Y por qué no forman autoridad las profecías para vos?

*El argumentador.*—Porque, para que la formasen, serían necesarias tres cosas, cuyo concurso es imposible; que yo hubiese sido testigo de la profecía, que lo fuese del suceso y que estuviese demostrado que éste no ha podido cuadrar casualmente con la profecía; porque, aunque fuese ésta más determinada, más clara, más luminosa que un axioma de geometría, puesto que la claridad de una predicción hecha a la ventura no hace imposible que se cumpla, cuando sucede este cumplimiento, en rigor nada prueba que favorezca al que le predijo.

» Ved a lo que se reducen vuestras pretendidas pruebas sobrenaturales, vuestros milagros y vuestras profecías. A creer todo esto sobre la palabra de otro, y a sujetar a la autoridad de los hombres la autoridad de Dios que habla a mi razón. Si pudieran recibir algún menoscabo las verdades eternas que concibe mi inteligencia, cesaría de haber para mí ningún género de certidumbre y, lejos de estar cierto de que me ha-

bláis de parte de Dios, ni siquiera estaría seguro de que Dios existe.

»Muchas dificultades son éstas, hijo mío, y no lo he dicho todo. Entre tantas religiones diversas que recíprocamente se proscriben y se excluyen, una sola es la buena, si hay alguna que lo sea. Para reconocerla, no basta examinar una, es preciso examinarlas todas, que en ninguna materia debemos condenar sin oír (17); es preciso comparar las objeciones con las pruebas; saber lo que opone cada uno a los demás y lo que responde. Cuanto más demostrada nos parece una opinión, más debemos indagar en qué se fundan tantos hombres para no hallar que lo esté. Muy sencillo ha de ser quien crea que basta oír a los doctores de su partido para instruirse en las razones del partido contrario. ¿Dónde hay teólogos que hagan gala de buena fe? ¿Dónde los que para rebatir las razones de sus contrarios primero no las debiliten? Se luce cada uno en su partido; pero hay quien entre los suyos está muy ufano con sus pruebas, que haría un papel muy tonto entre las personas de otro partido. ¿Os queréis instruir en los libros? ¡Cuánta erudición tendréis que adquirir, cuántas lenguas que aprender, cuántas bi-

(17) Refiere Plutarco que los estoicos, entre otras paradojas extravagantes, sostenían que en un juicio contradictorio era inútil oír a ambas partes; porque, decían, o ha probado el primero su derecho, o no lo ha probado; si lo ha probado, todo concluyó, y debe ser condenada la parte contraria; si no lo ha probado, no tiene razón, y se le debe denegar su demanda. Pienso que el método de todos los que admiten una revelación exclusiva se parece mucho al de estos estoicos. Puesto que pretende cada uno que sólo él tiene razón para elegir entre tantos partidos, es necesario escucharlos a todos; de lo contrario, no es justo el que hace la elección.

bliotecas que registrar, cuán inmensa lectura que hacer! ¿Quién me guiará para la elección? Con dificultad se hallarán en un país los mejores libros del partido; y, aun cuando se hallasen, en breve los rebatirían. El ausente siempre sale cargado, y razones fútiles dichas con arrogancia eclipsan con facilidad las irrefutables que se exponen con desdén. Además, por lo regular no hay cosa que más engañe que los libros, ni que con menos fidelidad represente la idea de quien los ha escrito. Cuando habéis querido juzgar de la fe católica por el libro de Bossuet, os habéis hallado muy desviado de vuestra idea, después de haber vivido con nosotros. Habéis visto que la doctrina con que se responde a los protestantes no es la que se enseña al pueblo, y que no se parece el libro de Bossuet a las instituciones de nuestras pláticas (18). Para apreciar bien una religión, no se ha de estudiar en los libros de sus secuaces, es preciso ir a aprenderla al país, que es cosa muy distinta. Cada uno tiene sus tradiciones, su sentido, sus prácticas, sus preocupaciones, que forman el espíritu de su creencia y que se ha de unir con ella para juzgar bien.

»¡Cuántos países populosos no imprimen sus libros ni leen los nuestros! ¿Cómo han de decir de nuestras opiniones? ¿Cómo hemos de decidir nosotros de las suyas? Nos burlamos de ellos y ellos nos desprecian, y si los ridiculizan nuestros viajeros, para pagármolos no les falta otra cosa que viajar por nuestros países. ¿En qué tierra no se hallan personas de juicio, de buena fe, de honradez, amantes de la verdad, que para abrazarla sólo desean conocerla? No obstante, cada uno la halla en su culto y cree absurdos los de las de-

(18) El libro de Bossuet, es: *Exposición de la doctrina de la Iglesia católica*.

más naciones: luego, o estos cultos de países extraños no son tan extravagantes como nos parecen, o la razón que en los nuestros encontramos nada prueba.

»Tres religiones principales hay en Europa: la una admite una sola revelación, la otra admite dos y la otra tres. Cada una de ellas detesta y maldice las otras dos, las acusa de obcecación, de endurecimiento, de obstinación y de mentira. ¿Qué hombre imparcial se atreverá a fallar entre ellas, sin haber primero pesado bien las pruebas y escuchado atentamente sus razones? La que sólo admite una revelación es la más antigua, y parece la más segura; la que admite dos y desecha la tercera, bien puede ser la mejor, pero ciertamente tiene todas las preocupaciones en contra suya; la inconsecuencia está de relieve.

»En las tres revelaciones, los libros sagrados están escritos en lenguas ignoradas de los pueblos que las siguen: los judíos ya no entienden el hebreo, los cristianos no entienden el hebreo ni el griego, los turcos ni los persas entienden el árabe, y los mismos árabes modernos ya no hablan la lengua de Mahoma. ¿No es verdaderamente un modo muy sencillo de instruir a los hombres, hablarles siempre un idioma que no entienden? Estos libros están traducidos, dirán. ¡Buena respuesta! ¿Quién me asegurará que estén puntualmente traducidos, ni que sea posible que lo estén? Y cuando Dios hace tanto que habla con los hombres, ¿a qué viene necesitar intérpretes?

»Nunca concebiré que lo que todo hombre está obligado a saber esté contenido en los libros, y que el que no pueda consultar estos libros, ni personas que los entiendan, sea castigado por una involuntaria ignorancia. ¡Siempre libros! ¡Que manía! Porque la Europa está llena de libros los tienen los europeos por indispensables, sin atender a que en las tres cuartas

partes de la tierra jamás han visto uno. ¿Todos los libros no están escritos por los hombres? Pues ¿cómo ha de necesitar de ellos para conocer sus obligaciones? ¿Y qué medios tenía para conocerlas antes que se hubieran escrito estos libros? O aprenderá estas obligaciones por sí propio o está dispensado de saberlas.

»Nuestros católicos meten mucha bulla con la autoridad de la Iglesia: ¿qué sacan con eso, si necesitan para establecer esta autoridad tanto aparato de pruebas como las otras sectas para fundar directamente su doctrina? La Iglesia decide que la Iglesia tiene derecho de decidir. Cierto, la autoridad está bien probada. Salid de esto y os metéis en todas nuestras discusiones.

»¿Conocéis a muchos cristianos que se hayan tomado el trabajo de examinar escrupulosamente lo que alega el judaísmo contra ellos? Si hay quien algo haya visto, ha sido en los libros de los cristianos. ¡Buen modo de instruirse en las razones de sus contrarios! Pero ¿qué han de hacer? Si alguien se atreviera en nuestro país a publicar un libro afirmando y esforzándose a probar que Jesucristo no es el Mesías, castigaríamos al autor, al editor y al librero (19). Esta marcha es cómoda y segura para tener siempre razón: es muy divertido refutar a quien no se atreve a responder.

(19) De mil hechos conocidos, solamente citaré uno que no necesita comentario.—En el siglo XVI, habiendo los teólogos católicos condenado a ser quemados todos los libros de los judíos, sin distinción, consultado acerca del asunto el ilustre y sabio Reuchlin, se encontró en un terrible apuro, y hubieron de perderle, por sólo haber sido de dictamen que se podían conservar entre sus libros aquéllos que no hablaban nada contra el cristianismo y que trataban de materias indiferentes a la religión.

» Aquellos de nosotros que pueden conversar con los judíos, están poco más adelantados. Los desventurados se hallan a discreción nuestra; la tiranía que con ellos se ejerce los hace medrosos; saben lo poco que cuestan a la caridad cristiana la crueldad y la injusticia; ¿qué se han de atrever a decir sin arriesgarse a que gritemos: «al blasfemo?» La codicia nos da celo, y son demasiado ricos para no ser culpados. Los más eruditos y más ilustrados siempre son los más circunspectos. Convertiréis a algún miserable sobornado para calumniar su secta; haréis hablar a algunos viles pordioseros que cederán por adularos; os engreiréis con su ignorancia o su cobardía, mientras que sus doctores se reirán en silencio de vuestra estupidez. Pero, ¿creéis que en países donde se encontraran seguros fuera tan fácil arrollarlos? En la Sorbona es claro, como la luz del día, que las predicciones del Mesías se aplican a Jesucristo, y entre los rabinos de Amsterdam no es menos claro que ninguna conexión tienen con él. Nunca creeré que me han dicho todas sus razones los judíos, mientras no tengan un estado libre, escuelas y universidades donde puedan hablar y disputar sin riesgo: sólo entonces podremos saber lo que tienen que alegar.

» En Constantinopla dicen los turcos sus razones, y nosotros no nos atrevemos a decir las nuestras; allí nos toca ceder. Si exigen los turcos de nosotros el mismo respeto a Mahoma, en quien no creemos, que de los judíos exigimos nosotros a Jesucristo, en quien tampoco ellos creen, ¿obran mal los turcos? ¿Obramos nosotros bien? ¿Por qué principio de equidad resolveremos esta cuestión?

» Las dos terceras partes del linaje humano no son ni judíos, ni mahometanos, ni cristianos, ¡y cuántos millones de hombres no han oído mentar nunca a

Moisés, ni a Jesucristo, ni a Mahoma! Lo niegan, y sostienen que nuestros misioneros van a todas partes: eso se dice con facilidad. Pero ¿van acaso a lo interior del África todavía desconocido, a donde hasta ahora nunca penetró un europeo? ¿Van a la Tartaria mediterránea, siguiendo a caballo los aduares errantes, a donde nunca se acercó un extranjero, y que, lejos de haber oído hablar del Papa, apenas si conocen el gran Lama? ¿Van a los inmensos continentes de la América, donde naciones enteras no saben todavía que pueblos de otro mundo han puesto el pie en el suyo? ¿Van al Japón, de donde sus malas artes los han hecho arrojar para siempre, y donde las generaciones que nacen sólo conocen a sus predecesores como a entremetidos astutos, que con fervor hipócrita y fingida blandura habían venido a apoderarse del imperio? ¿Van a los serrallos de los príncipes del Asia, a anunciar el Evangelio a millones de pobres esclavas? ¿Qué delito han cometido las mujeres de esta parte del mundo, para que no les pueda predicar la fe misionero ninguno? ¿Se irán todas al infierno por haber vivido reclusas?

» Aun cuando fuese cierto que se anunciase el Evangelio en la tierra entera, ¿qué se adelantaría con eso? La víspera del día que llegó un misionero a un país, ciertamente se murió alguien que no pudo oírle. Pues, decidme, ¿qué haremos con este alguien? Aunque en todo el Universo no se hallase más que un solo hombre a quien no hubiesen predicado la ley de Jesucristo, tan fuerte sería la objeción con respecto a este hombre único, como con respecto a la cuarta parte del género humano.

» Cuando los ministros del Evangelio se hicieron oír de los pueblos remotos, ¿qué les dijeron que estos pudiesen, conforme a razón, creer sobre su palabra y



que no exigiese la comprobación más escrupulosa? Me anunciáis un Dios nacido y muerto dos mil años hace, al otro extremo del mundo, en no sé qué pueblecillo, y me decís que se condenarán todos cuantos no creyeren en este misterio. Cosas muy extrañas son esas para creerlas tan de seguida, por sólo la autoridad de un hombre que no conozco. ¿Por qué ha hecho vuestro Dios que sucedieran allá tan lejos todos esos acontecimientos, queriendo obligarme a que me instruyera de ellos? ¿Es un delito ignorar lo que sucede en los antípodas? ¿Puedo adivinar yo que hay en otro hemisferio un pueblo hebreo y una ciudad de Jerusalén? Equivaldría obligarme a saber lo que pasa en la luna. Decís que habéis venido a enseñármelo; pero, ¿por qué no vinisteis a enseñárselo a mi padre? ¿O por qué condenáis a aquel buen viejo, porque nunca lo supo? ¿Ha de ser eternamente castigado por vuestra pereza, él que era tan bueno, tan benéfico y que sólo la verdad anhelaba? Poneos, de buena fe, en mi lugar: ved si por vuestro dicho sólo debo creer todas las increíbles cosas que decís, y conciliar tantas injusticias con el Dios justo que me anunciáis. Dejadme que vaya a visitar ese milagroso país, donde paren las vírgenes, donde nacen, comen, padecen y mueren los Dioses, y que vaya a saber por qué trataron a Dios como a un facineroso los moradores de esa Jerusalén. Decís que no le conocieron por Dios. Pues, ¿qué haré yo que nunca le había oído nombrar, hasta que me habéis hablado de Él? Añadís que han sido castigados, dispersados, oprimidos, esclavizados, que ninguno de ellos se acerca ya a la misma ciudad. Bien merecido se lo tienen: pero ¿qué dicen los moradores de ahora del deicidio de su predecesores? Lo niegan, y tampoco reconocen por Dios a Dios. Pues para eso, lo mismo era dejar allí a los descendientes de los primeros.

»¡Qué! En esa misma ciudad donde murió Dios, ni los antiguos ni los nuevos moradores le han conocido, ¿y queréis que le conozca yo que he nacido dos mil años después a dos mil leguas de distancia? ¿No veis que antes de dar crédito a ese libro que llamáis sagrado, y del cual nada entiendo, debo saber, por otros, no por vos, cuándo y por quién fue compuesto, cómo se ha conservado, cómo ha llegado a vos, las razones que alegan los que en su país le desechan, aunque sepan tan bien como vos todo cuanto me enseñáis? Bien veis que es forzoso vaya yo a Europa, al Asia, a la Palestina, a examinarlo todo por mí propio: menester fuera que hubiese perdido el juicio para escucharos hasta entonces.

»No sólo me parece racional esta respuesta, sino que defiende que así debe hablar en semejante caso todo hombre de juicio, despidiendo al misionero que antes de presentar sus pruebas se quiere dar prisa a instruirle y bautizarle. Y sostengo que no hay revelación contra la cual no tengan las mismas objeciones tanta fuerza como contra el cristianismo, y aun más. De donde se infiere que si no hay más que una religión verdadera, y si está obligado todo hombre a seguirla, so pena de condenación eterna, es necesario pasar la vida estudiándolas todas, profundizándolas, comparándolas corriendo los países donde están establecidas. Nadie está exento de la primera obligación del hombre, nadie tiene derecho a fiarse en el juicio ajeno. El artesano que sólo vive de su jornal, el gañán que no sabe leer, la tímida y delicada doncella, el enfermo que apenas se puede levantar de la cama, todos, sin excepción, deben estudiar, meditar, viajar, correr el mundo, no habrá pueblo estable y fijo; la tierra entera estará cubierta de peregrinos que irán con enormes gastos y dilatadas fatigas a comprobar, compa-